

Introducción: Las raíces de Europa entre antigüedad Tardía y Altomedioevo

Zurutuza, Hugo - Botalla, Horacio

15

ANALES DE HISTORIA ANTIGUA, MEDIEVAL Y MODERNA

2004-2005, 37,38, 7-29

Artículo

INTRODUCCIÓN: LAS RAÍCES DE EUROPA ENTRE ANTIGÜEDAD TARDÍA Y ALTOMEDIOEVO

por

Hugo Zurutuza - Horacio Botalla
Universidad de Buenos Aires

Parecería importante reflexionar a través de los trabajos de nuestros colegas italianos, historiadores y arqueólogos¹, sobre las representaciones generadas, y hoy revisitadas, sobre el papel desempeñado por los longobardos en la constitución de la identidad italiana y de su interacción, en vista de ésta, con los sustratos romanos, las diversas aportaciones bárbaras y posteriores presencias como la bizantina.

El período que transcurre entre la crisis imperial romana y la irrupción carolingia en Italia ha sufrido relegamientos en la consideración de los historiadores de la península y del resto de Occidente. Esta Italia “bárbara” no alcanzó en el imaginario historiográfico la dimensión de las *Dark Ages* británicas pero, ciertamente, no ha sido insensible a su influjo. Las motivaciones de ese imaginario historiográfico son, como sucede con ellos, la consecuencia de la interacción en vicisitudes y vivencias históricas que resignifican continuamente el pasado y obligan a una actividad de desvelamiento que constituye, al presente, una labor central del análisis histórico.

A partir de la reconquista de Justiniano, que no alcanza a consolidarse en el conjunto de la península, se abre un período que no lograría la categoría de “gran época” en la sucesión de pasados significativos. Los usos del pasado de las sociedades ciertamente han condicionado sus escalas de axiología histórica. Este período de la historia italiana ha sido, tal vez, menos oscuro de lo que podría juzgarse *a priori*, pero se ha visto sometido a valoraciones que lo han subalternizado en su balance. Por un lado, no se ha conformado un fenómeno comparable al “visigotismo” hispano², con su perfil de uniformidad nacionalista. Por otro lado, la vocación imperial de

¹ Stefano Gasparri, historiador, es catedrático e investigador de la Università Ca' Foscari - Venezia; Cristina La Rocca y G. P. Brogiolo son arqueólogos y pertenecen a la Università degli Studi di Padova.

² AAVV, *L'Europe héritière de l'Espagne Wisigothique*, Madrid, 1992 (Rencontres de la Casa de Velázquez).

los francos coincidente con la gran *debacle* de los longobardos sepulta sus posibilidades para una mejor fortuna en la posteridad.

Frente a esto, hoy en día, en la bisagra entre los siglos XX y XXI, asistimos a una suerte de, si cabe el término, “renacimiento longobardo” erigido a partir de relecturas de nuestras fuentes, de la renovación de la labor arqueológica y de la deconstrucción de paradigmas historiográficos³. De este modo, se puede recuperar, paradójicamente, la deuda carolingia con los longobardos oculta tras la envergadura del logro imperial franco.

El proceso de la materialización de la Unión Europea había abierto un diálogo renovado con el pretérito en el que, como recordaba Marc Bloch, tanto el presente se esclarece por el pasado como éste por el presente. Hemos progresado nuevamente hacia la contrapartida del ecumenismo. Del mismo modo que Mommsen derivó de la visión aglutinadora del Imperio -preocupado por el presente de la unificación alemana, no concurrente sino como fruto de la acción de uno de los planos territoriales, la “Urbs Roma” homologada al Reino de Prusia- a la “Historia del Imperio” como “Historia de sus provincias”, hoy retorna la atención hacia lo fragmentado, lo disperso, las formas en que la diversidad es subalternizada.

Esta Unión Europea aparece como nueva perspectiva ecumenizante de la cuna de la civilización occidental aunque, paradójicamente, la búsqueda de una especificidad europea coarta muchas de sus proyecciones ecuménicas: los “Estados Unidos Europeos” ya no serían el “Imperio”. La secuela de esta observación plantea reflexiones sobre la existencia o no de una “Europa profunda” además de instalar la cuestión recurrente del proceso pendular de concentración-dispersión, de lo centrípeto frente a lo centrífugo. Despiertan la preocupación por determinar la aportación de cada nación a una identidad global así como por recuperar los rasgos de especificidad. La índole de estos tópicos explican, en gran medida, su adecuación a la emergencia de nuevas corrientes de historia cultural las cuales, por antonomasia, se preocupan por el contraste y la diversidad.

Obras como *La infancia de Europa* de Robert Fossier⁴, la colección que dirige Jacques Le Goff, *La construcción de Europa*, o encuentros científicos como *Europa in costruzione. La forza delle identità, la ricerca di unità* .46° Settimana di Studio organizada por el Istituto Trentino di Cultura, Centro per gli Studi Storici Italo-germanici⁵, responden a la inquietud del reinicio de una visión mancomunada. Puede parecer paradójico que se afirme, al introducir los títulos de la mencionada colección, que “Europa se está construyendo”, una Europa que necesita de la historia para no ser “huérfana y desdichada”.

La esencia y los criterios que definen la identidad y, simétricamente, la alteridad adquirieron centralidad junto con las disciplinas que se acercaron a ellas con mayor

³ ARTIFONI, E., *Ideología e memoria locale nella storiografia italiana sui Longobardi*, en BERTELLI, C.; BROGIOLO, G.P. (eds.), *Il futuro dei Longobardi. L'Italia e la costruzione dell'Europa di Carlo Magno*, Saggi, Milano, 2000, pp. 219-227- Cfr FALCO, G., *La questione longobarda e la moderna storiografia italiana*, en *Atti del I Congresso internazionale di studi longobardi*, Spoleto, 1952, pp. 153-166.

⁴ FOSSIER, R., *La infancia de Europa (ss X-XII)*, Barcelona, 1984 (Paris, 1982).

⁵ Trento, 15-19 de setiembre de 2003.

frecuencia y permite entender esa suerte de “antropologización” que han conocido la sociología o la historia. La interacción entre identidad y alteridad se manifiesta de manera privilegiada en aquellos sectores y actores sociales para los cuales es significativo establecer un determinado tipo de alteridad, al mismo tiempo que las motivaciones que los inducen a remarcar y manifestar ese contraste. De este modo, la presencia longobarda, se mostró sensible para los sectores de poder, y se expresó, por ejemplo en el caso de los grupos eclesiales, de acuerdo a la dicotomía represión-conversión que moviliza el accionar de los hombres de iglesia. Los rasgos definitorios de sus prácticas culturales, lingüísticas o, eventualmente, antropofísicas se ponen en evidencia en la medida que vulneran o entran en tensión con los grupos que interactúan con ellos y ponen en juego los aspectos que les corresponden en el marco de los factores de definición de su identidad.

Las tradiciones de estudios que procuraban determinar la identidad de los pueblos a partir de características antropofísicas, horizontes lingüísticos homogéneos o especificidades de sus artefactos culturales fueron sucesivamente conmovidas dando lugar al surgimiento de nuevos campos de análisis crecientemente interdisciplinarios. El área de estudios etnogenéticos se construye a partir de la superación de los criterios antropofísicos y excluyentes lingüísticos que, sucesivamente, habían primado en la investigación desde la segunda mitad del siglo XIX⁶. Estos criterios no debían ser soslayados sino integrados en nuevas perspectivas que incorporaban la cultura material y las conductas grupales de accionar político y de mecanismos intersubjetivos de determinación de la pertenencia y la identidad. El avance en estas direcciones terminan consolidando la concepción de la identidad como elección, como bien reafirma Stefano Gasparri.

Las características tipológicas de las fuentes han incidido marcadamente en esta problemática, sobre todo las narrativas, más aún teniendo en cuenta la polaridad *barbaritas-romanitas* como oposición entre letrados y ágrafos. El discurso aparece como el principal factor de generación de homogeneidad en un contexto histórico en que, básicamente, dependemos de textos, esto es, de materializaciones del discurso se entienden las consecuencias que ha acarreado a la historiografía⁷. Las potenciales resoluciones de esta ecuación implicaban la revisión de los imaginarios históricos que incidieron en diversos horizontes de identidad y, al mismo tiempo, las motivaciones y condicionamientos que impulsaron esos imaginarios. Por otra parte, la morfología de la evidencia arqueológica ha colaborado en la inducción de un imaginario de fragmentación. Esta hegemonía -incorrecta en su radical asociación- desencadena, al fin y al cabo, un saludable reactivo que conduce a la idea de discontinuidad.

Fue en ocasión de la celebración del XVI Congresso internazionale di studi sull'alto medioevo “I Longobardi dei Ducati di Spoleto y Benevento” reunido en octubre de

⁶ Reinhard Wenskus instala el problema de la “formación de las estirpes” en su ya clásico de 1961 *Stammesbildung und Verfassung. Das Werden der fruehmittelalterlichen Gentes*, luego retomado por la llamada “Escuela de Viena” que impulsa Herwig Wolfram desde 1969 al acceder a la cátedra de Historia Medieval de esa Universidad.

⁷ Cfr. A.A.V.V., *Comunicazione e ricezione del documento cristiano in epoca tardoantica* (XXXII Incontro di studiosi dell'antichità cristiana, Roma 2003) en *Studia Ephemeridis Augustinianum*, 90. Roma, 2004.

2002, cuando Gasparri propuso un agudo cuadro de situación presentando nuevas tesis historiográficas que suscitaron nuestra particular atención y estimularon la organización y presentación de este *dossier*, atentos al caso de los que se interesaban por la revisión de la polémica significación histórica de los longobardos. El historiador señalaba que: "*Ieri come oggi, nella storiografia italiana rimane aperta una questione longobarda, e rimuoverla, quasi fosse un tema vecchio e ormai superato, non aiuta certo a sciogliere alcuni nodi di fondo della storia altomedievale italiana; nodi, o forse sarebbe meglio dire equivoci, tutti ricollegabili proprio al periodo longobardo*"⁸.

Coincidimos con los planteos del historiador cuando sostiene que en Italia existe una noción puramente negativa del Alto Medioevo, que aparece tanto en la cultura de masas como también en el ámbito intelectual. Propone como ejemplo la intervención de Corrado Vivanti, de 1972, en el volumen de la *Storia d'Italia* (Einaudi) -último intento ambicioso de escribir una historia nacional- dedicado a los caracteres originales, por lo tanto nos presenta con nítidos rasgos a una Italia romana sometida por el "feroz vencedor" longobardo, a la inmovilidad total de la vida civil. Este modelo constituye un cuadro "catastrofista", que es un clásico dentro la historiografía italiana.

Desde su punto de vista el único "Medioevo" que posee alguna raíz popular en Italia es el de las comunas, cuya civilización es la primera en ser presentada como auténticamente italiana. El Alto Medioevo, por el contrario, siempre ha quedado como un verdadero agujero negro, y esto vuelve a Italia un caso atípico con respecto a los otros grandes países fundadores de Europa. Francia, Inglaterra, Alemania, que remiten sus raíces al pasado bárbaro. Por el contrario, en Italia los bárbaros son siempre reducidos a presencias efímeras, al desencadenamiento de fuerzas negativas. Se consideraba que luego de haber agotado su "salvaje vitalidad", parecían desaparecer de la historia...

¿Quién es quién en la Italia altomedieval?

¿Los longobardos -el tema que genera y ordena nuestro *dossier*- desaparecieron una vez que fueron derrotados por los francos en 774? Se puede señalar que las fuentes dicen lo contrario. Éstas dan cuenta de una masiva presencia de longobardos y romanos al menos hasta los primeros decenios del siglo XI. Las dos categorías de "longobardo" y de "romano" van unidas ante todo a diversos derechos seguidos por diferentes grupos sociales o regionales.

Por otra parte, para Gasparri la definición de "longobardo" y el reclamo a una ley longobarda tienen valor de unión con las antiguas tradiciones del reino longobardo, una unión reivindicada, todavía en torno al año Mil, por conjuntos de hombres que quieren mantenerse libres en oposición a los derechos señoriales de la aristocracia terrateniente laica y eclesiástica. Es evidente entonces el valor político-ideológico y

⁸ GASPARRI, S, *I Germani immaginari e la realtà del regno. Cinquant'anni di studi sui longobardi*. En: *I Longobardi dei Ducati di Spoleto e Benevento*, Spoleto, 2003 (Atti del XVI Congresso internazionale di studio sull'alto medioevo - Spoleto - Benevento - 2002), p.3.

no el étnico asumido en época tardía, por las etiquetas de “longobardo” y de “romano”. Pero, de manera más general, es necesario preguntarse sobre los nombres con que fueron identificados los pueblos entre la Antigüedad Tardía y el Alto Medioevo: ¿valor étnico, político e ideológico, geográfico, religioso⁹?

En Italia, luego del 568, el término “romano” oscila entre el significado, que obviamente mantendrá, de habitante de la ciudad de Roma y el más amplio de habitante de Italia. Sin embargo, más tarde, durante los siglos VII-VIII, “romano” se especializa, asumiendo el valor de habitante sólo de la Italia bizantina. Entonces ya los romanos no constituirían la totalidad de los habitantes indígenas de Italia, tal como se creía en otro tiempo. Por otra parte, “longobardo” simplemente indica al hombre libre que, habitante del reino longobardo, es movilizado para el ejército real. El historiador destaca que la exigencia de otorgar una etiqueta étnica a las personas surge solamente de los historiadores modernos. Como contraste, las fuentes utilizan siempre categorías políticas y no etnográficas. Ellas no brindan ningún pretexto para imaginarse a los longobardos sino hacia el final de la historia del reino, como un ejército de ocupación, extraño al país invadido e instalado en medio de una población sometida y hostil.

Este último planteo presenta de modo un poco forzado, la interpretación “separatista” que se desprende, de hecho, de lo que escriben muchos investigadores, aún ligados a la historiografía de los años '50. Estos pretenden, por ejemplo, reconstruir el asentamiento longobardo con el auxilio de la toponomástica, pero esto significa sostener que dicho asentamiento permaneció siempre aislado respecto de la población romana. Puede verse en especial, nos señala Gasparri, el caso de la famosa teoría de las colonias de *arimanni* muy popular entre los distintos historiadores locales así como entre muchos arqueólogos: el topónimo *arimannia* habría indicado el asentamiento de guerreros longobardos, los *arimanni*, con sus familias, instalados por el rey en tierras públicas por razones militares. Pero se trata de un topónimo que remite, por el contrario, a las fortunas tardías de un sector social, el de los pequeños propietarios libres en relación con la expansión del señorío fundiario y no por cierto a la estrategia militar de los reyes longobardos¹⁰.

Es importante señalar que si la idea de la fusión entre longobardos y romanos hoy prevalece ampliamente en la historiografía especializada, en definitiva existe una suerte de opinión difusa difícil de erradicar. La antigua desconfianza hacia los longobardos, el sentimiento de extrañeza que suscitan, considerándoles fuera de la historia de Italia, en parte permanece todavía en pie. Aún no se trata de “rehabilitar” a los longobardos en cuanto pueblo y civilización. La cuestión se plantea en términos diferentes tanto más cuanto que hoy no se puede hablar más de una etnia longobarda compacta.

El proceso de acercamiento entre invasores e indígenas fue bastante rápido luego de 568. En el curso del siglo VII la creciente participación de la religión católica, la

⁹ GASPARRI, S., “I Longobardi, i Romani e l'identità nazionale italiana”. Ponencia presentada en I *Jornadas de Reflexión Histórica. Problemas de la Antigüedad Tardía y Altomedioevo*, FFYL, UBA, abril 2004.

¹⁰ Vide. GASPARRI, S., “*Nobiles et credentes omnes liberi arimanni*”. *Linguaggio, memoria sociale e tradizione longobarde nel regno italico*, en *Bullettino dell' Istituto Storico per il Medio Evo*, N° 105, Roma. 2003, pp. 25-51.

misma lengua, el mismo derecho, además de los mismos nombres y los mismos lugares de residencia volvieron indistinguibles a los descendientes de los invasores de los de los indígenas. Hasta los usos funerarios, considerados desde hace tiempo como elemento de clara distinción étnica, se corresponden, con sus ajuares, a elecciones de visibilidad social y no de pertenencia étnica. Por fin, a nivel científico, la interpretación étnica de los ajuares “bárbaros” ha cumplido su ciclo.

Se trata más bien de elecciones culturales como la de la clase dirigente del reino que, del siglo VII en adelante, se presenta como “longobarda” independientemente de sus lejanos orígenes étnicos. Como se ha escrito a propósito de los destinos de los britanos luego de la conquista anglosajona, la única explicación posible de por qué hoy los ingleses se sienten descendientes de los anglosajones y no de los britanos deriva de una antigua opción cultural por un conjunto de motivos; los indígenas, en cierto momento, escogieron “ser” anglosajones. Pero algunas elecciones culturales (sociales o políticas) en sentido longobardo también se habían verificado en Italia luego de la invasión de 568 en la misma dirección de las que se daban en la Galia franca o en la Inglaterra anglosajona.

Como expresión conclusiva sobre el tema se puede sostener que en Italia, la evolución sucesiva fue en una dirección distinta por un conjunto de motivos, entre los cuales, de cualquier manera, es central la disolución del reino longobardo. Pero la experiencia histórica de este último fue la de una sociedad territorialmente compacta, instalada en las regiones clave de la península. Éste es, precisamente, el lugar en que se le debe reivindicar. El historiador italiano afirma que no se trata de rehabilitar a los longobardos, sino comprender el papel importante que la época longobarda desempeñó para delinear los caracteres de la Italia medieval, una Italia que había sido decisiva en la formación de una identidad nacional, por lo menos como la Italia romana.

Los prejuicios de una arqueología tradicional

Es necesario también revisar críticamente los aportes de la arqueología actual sobre la cultura longobarda. Cristina La Rocca sostiene que leyendo cualquier publicación científica italiana, reciente o pasada, referida a una necrópolis altomedieval, se puede fácilmente notar que el esfuerzo interpretativo está puntualmente dirigido al objetivo de aclarar especialmente a que grupo étnico pertenecen los sepulcros¹¹.

La repuesta aparece condicionada, invariablemente si se trata de una tumba sin ajuar los inhumados se consideran latinos, si se trata de sepulturas con armas, son longobardos, y si se trata finalmente de tumbas con sólo ornamentos costumbristas, estos están identificados dentro de la categoría -muy problemática por cierto- de los “autóctonos”, los cuales, por el hecho de ser autóctonos independientemente del lugar o de la región geográfica en la cual sus restos fueron encontrados, se termina suponiendo que todos se comportaban del mismo modo.

¹¹ LA ROCCA, C., “L’Italia settentrionale tra Longobardi e Bizantini: fonti scritte e archeologiche. A confronto”. Ponencia presentada en I *Jornadas de Reflexión Histórica. Problemas de la Antigüedad Tardía y Altomedioevo*, FFYL, UBA, abril 2004-.

Se enfrentan entonces dos posiciones: una es la formación de la idea de la fase longobarda que la historiografía, sobre todo italiana, ha venido elaborando y otra es la de los descubrimientos arqueológicos de edad longobarda que, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, se incrementaron progresivamente en su número y aportaron en forma sistemática una prospectiva material desconocida hasta el momento. Dichos descubrimientos fueron efectuados casi todos casualmente y la identificación de los restos como “étnicamente” longobardos fue desde el inicio limitada y circunscripta a un ámbito preciso de restos, o sea aquellos de las necrópolis con ajuar. El adjetivo “longobardo” no fue utilizado ni para calificar cronológicamente edificios eclesiásticos, ni para mencionar asentamientos fortificados o residencias civiles. Esta tendencia de la historiografía permanece hasta el día de hoy, más allá de los dudosos progresos de los descubrimientos arqueológicos y su constante enunciación a las problemáticas y a los discutidos resultados de la historiografía más reciente.

Por lo tanto el término “longobardo” habría nacido y sería utilizado en una perspectiva de identificación y de separación étnica. Se trataría de una separación ante todo de *status*. Los vencedores siempre longobardos, los vencidos, naturalmente latinos. Esta separación que traía consigo una serie de otras distinciones (germanos y romanos, ciudad y campo, paganismo y cristianismo) y que era ante todo ofrecida a los juristas del '800 para afirmar la existencia de una fase de la historia en donde la “nación” italiana estaba apenas creada, en la cual los Italianos del presente aparecían – o mejor dicho eran hechos aparecer – como ausentes y esta controversia implicaba ante todo una victoria de tipo cultural sobre los dominadores “bárbaros” (la *civilitas* contra la *barbarie*). No es casualidad que muchos de los arqueólogos que se reunieron para realizar, por cuenta del entonces reciente Ministerio de la Instrucción, investigaciones sobre las necrópolis de edad longobarda utilizaron un paradigma interpretativo muy familiar al de los estudios clásicos para explicar en términos casi consoladores como la derrota militar de los italianos/latinos del siglo VI y las invasiones de Alboino del 568 no implicaban necesariamente una derrota de un pueblo o de su cultura ya que los vencidos latinos/italianos habrían con el tiempo subyugado culturalmente a los bárbaros, enseñándoles el poder de la escritura, la superioridad de su idioma, el valor convincente de las insignias y símbolos del poder.

Los datos materiales que fueron descubiertos y publicados a fines del siglo XIX resaltaron por lo tanto una prueba de inferioridad cultural y una prueba de inconmensurable distancia entre los longobardos y los latinos. Este binomio consiguió enmascarar el auténtico interés y la auténtica admiración que muchos, entre ellos arqueólogos locales, tenían al enfrentarse a la elaboración de espadas y a la técnica de orfebrería de aros y hebillas. La fase “barbárica” de la historia italiana aparecía mucho más atractiva de lo que los autores de las publicaciones arqueológicas pudieran admitir. El interés se manifestó a través de una marcada separación afectiva y de escasa empatía en la retórica de las descripciones de los descubrimientos y de su contextualización. Por lo tanto el análisis de las manufacturas altomedievales fue inicialmente enunciada como un encuentro de diferencias. Para La Rocca, los curiosos Claudio y Eduardo Calandra, que excavaron en la necrópolis de Testona cerca de Torino en 1878, eran sobre todo coleccionistas de armas antiguas y, como tales, subrayaron con orgullo

que la necrópolis nada tenía que ver con las romanas, pero eran muy parecidas a las pertenecientes a pueblos de raza germánica en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Suiza y en Bélgica, proponiendo una distinción muy marcada entre el horizonte latino y el horizonte germánico. Posteriores depuraciones étnicas fueron relacionadas a la “intervención de algún hábil “cráneo” que pudieron aportar alguna luz para resolver los caracteres especiales de “raza”.

En segundo lugar, se puede señalar que la principal connotación de Calandra, así como de sus connacionales, en tanto coleccionistas de armas ante todo, fue la de centrar su interés en las necrópolis altomedioevales sólo en un aspecto, la de ser tumbas de hombres armados: las armas pasaron a ser así parte de la identidad germánica, una identidad militar solo de hombres. Las tumbas femeninas en vez, con sus ajuares, collares, vasos de vidrio, no fueron tomadas en consideración, inaugurando una tradición de desinterés que fue sólo superada hace muy pocos años. Desde este punto de vista destaca La Rocca que el jurista Otto Brunner desarrolló una teoría sobre la cual el ajuar que encontrábamos en las tumbas de los germanos se relacionaba con el acompañamiento del difunto al otro mundo, dejando de lado la idea del guerrero armado y de la efectiva posición social en vida y además la idea de una religiosidad que no necesitaba transferir al más allá los símbolos y los instrumentos de la violencia y del poder personal. Precisamente para la arqueóloga italiana la última característica arqueológica de la diferencia se relaciona con la religiosidad. Se sostuvo por mucho tiempo que los longobardos eran paganos o como máximo eran superficialmente arrianos. Esta convicción lleva hasta bien entrado el siglo XIX a interpretar una serie de testimonios arqueológicos en forma prejujuada generando más arquetipos, hoy revisados con atención.

Roma y los longobardos

Una de las problemáticas que más motiva a Gasparri en el trabajo que integra este dossier, *Roma y los longobardos*, es el relativo a la revisión necesaria de las “atormentadas” relaciones entre el reino longobardo y la Iglesia de Roma. Despojadas de todas estas lecturas no adherentes a la evidencia proporcionada por las fuentes, las relaciones entre el reino longobardo y la Iglesia de Roma en el siglo VIII, nos son restituídas en toda su realidad, hecha de estrechos lazos recíprocos y, al máximo nivel, el de rey y pontífice, de un complejo juego político, construido sin embargo siempre a partir del reconocimiento, por parte longobarda, del papel papal de *caput ecclesiarum Dei*. Es decir el reconocimiento de su función eminente de magisterio en terreno religioso: Liutprando pudo incluso acoger, en su legislación una directiva de Gregorio II, de nuevo en materia matrimonial, como también Páblo I, pocos años antes de la caída de Desiderio, pudo atender una demanda del rey eximiendo de la jurisdicción episcopal al monasterio de San Salvador de Brescia fundado por él mismo y por la reina Ansa¹². Todo ello da fe de un constante diálogo con Roma de los vértices políticos y religiosos del reino longobardo.

¹² Liut. *Leges*, c. 33 (año 723) en AZZARA, C. y GASPARRI, S., *Le leggi dei Longobardi. Storia, memoria e diritto di un popolo germanico*, Milán, 1992.

El título del artículo de Gasparri, retoma voluntariamente el de un pequeño pero importante libro de Ottorino Bertolini¹³. Nuestro historiador nos advierte que no va a reconstruir con detalle las relaciones entre el papado y los longobardos como hicieron el mismo Bertolini y otros autores anteriores y posteriores a él. Como contraste Gasparri intentará individualizar las grandes fases de las relaciones entre Roma y los longobardos, ordenando los hechos dentro de esquemas interpretativos generales.

Otra observación importante que destaca es la referida a los dos elementos que componen el título de este trabajo. Ambos son complejos y encierran conceptos diferentes. Examina primero el segundo elemento, los longobardos. Con este término indicamos realidades muy distintas según el período que tomemos en consideración. Para el período comprendido entre finales del siglo VI e inicios del VII, hablamos de una “estirpe bárbara extraña” al país invadido, Italia; naturalmente entendiendo con esta consideración no un pueblo comprendido como “unidad racial cerrada”, portadora de una cultura étnica bien individualizada, sino como “un grupo humano abierto a distintas influencias”, ya sean éstas de sangre o sobre todo de cultura, un grupo cuya identidad estaba garantizada por un “núcleo tradicional”, cuyos miembros conservaban las tradiciones de estirpe -antiguas, pero en realidad en continuo enriquecimiento- y que estaban agrupados en torno a un mando político-militar representado por la realeza¹⁴. Destaca que para el período posterior, de difíciles límites cronológicos, se debe no solamente hablar, como se hace habitualmente, de un pueblo abierto ahora a modelos culturales y religiosos de matriz romano-mediterránea en vía de fusión con los romanos de Italia. Esto puede ser válido para una hipotética fase intermedia, también de difícil ubicación cronológica. Agrega que para la fase que se inicia con el siglo VIII, hay que tener presente que en las fuentes contemporáneas -además de aquellas de época carolingia y postcarolingia- con el término “longobardo” se entiende prácticamente todo habitante de condición libre del reino y, ciertamente, todos aquellos de condición económica incluso modesta que desempeñaban, al menos en teoría, tareas públicas, judiciales y militares principalmente. “En el reino no existían personas libres que se presentasen como romanos, si se exceptúan los habitantes de las regiones bizantinas anexionadas poco tiempo antes”. Los mismos miembros del clero, que desde Liutprando en adelante podían vivir según la ley romana, en sus relaciones privadas adoptaban con frecuencia la ley longobarda y se presentaban, por tanto, como longobardos¹⁵.

Gasparri en el artículo que integra este *dossier*, *Roma y los longobardos*, señala que estas diferencias macroscópicas entre lo que se entiende bajo el término “longobardos” en el siglo VI y en el siglo VIII, en tanto que la operación que nos proponen las fuentes de parte papal es precisamente opuesta y tiende a uniformar la imagen de la época más antigua con la de época más reciente. Por lo tanto es necesario destacar que estamos frente a una toma de posición ideológica, de propaganda

¹³ BERTOLINI, O., *Roma e i Longobardi*, Roma, 1972.

¹⁴ Vide POHL, W., *Le origini etniche dell'Europa. Barbari e Romani tra antichità e medioevo*. Roma, 2000.

¹⁵ GASPARRI, S., *Prima delle nazioni. Popoli, etnie e regni fra Antichità e Medioevo*, Roma, 1997, pp. 141-158.

política. Entonces debemos asumir que no podemos llegar a entender, aceptando acríticamente la subjetividad del lenguaje de los documentos, que los protagonistas de aquel período hubieran tenido siempre en sus relaciones con los longobardos el mismo comportamiento de neta repulsa, como si desde Gregorio Magno hasta Adriano I, hubiera sido constante el rechazo romano al reino longobardo. Plantea Gasparri que una toma de posición de este tipo lleva consigo un vicio de fondo, aquel de examinar las relaciones entre el papado y los longobardos a la luz de su resultado final, perspectiva que ha deformado con frecuencia la interpretación de toda la historia del reino longobardo.

Para el historiador italiano el primer término del título, Roma, contiene un complejo significado y no es adecuado identificarla automáticamente con el papado. Los longobardos pudieron llegar a conocer diversas realidades: Roma ciudad, Roma papado, Roma Imperio. Se ha afirmado que el concepto de “romano” es uno de los más complejos de la Edad Media, y lo mismo vale para “Roma”. La Roma que los longobardos habían conocido en Panonia era en realidad la Roma de Oriente, Bizancio, de la cual habían tomado muchas reglas e instituciones propias de la vida militar de los ejércitos federados del Imperio.

El Imperio romano materialmente representado por Bizancio permaneció, durante toda la historia del reino longobardo independiente, un punto de referencia ideal de cualquier manifestación del poder regio que se quisiese expresar en el sentido de una “realeza madura, territorial, de sello católico”. Nos señala que varios son los ejemplos que se pueden detectar, desde Aguilulfo, que hace nombrar rey a su hijo en el Circo de Milán, a Cuniperto que substituye con su efigie a la imperial en las monedas y preside un sínodo, a Liutprando promotor de las construcciones de iglesias siguiendo la matriz constantinopolitana, o incluso a Astolfo que pide un tributo de un sólido *per caput* a los habitantes en el ducado romano que consideró bajo su autoridad. Por lo tanto se puede inferir que se trataría de una “romanidad” política que es absorbida progresivamente por la monarquía longobarda, la que se va consolidando en clave íntegramente territorial y católica¹⁶. Concluye que bajo este punto de vista es lícito pensar que el verdadero interés de los longobardos se dirigió más hacia Rávena, la capital de la Italia bizantina, que hacia la antigua capital imperial.

Acepta que los longobardos pudieron haber conocido la ciudad de Roma tal vez ya durante la guerra gótica, en la que algunos habían tomaron parte aunque fuese brevemente. En el período inmediatamente sucesivo a la invasión de Italia, las primeras bandas de guerreros longobardos hicieron su aparición en las cercanías de Roma durante el pontificado de Benito entre el 575 y el 579. Durante la época de Pelagio II, la amenaza continuó, si es verosímil que este papa fue ordenado porque los longobardos asediaban en ese momento la misma Roma¹⁷.

¹⁶ GASPARRI, S. *Bisanzio e i Longobardi. I rapporti fra l'impero e una stirpe barbarica al tramonto del sistema tardo-antico*, en ARNALDI, G.; CAVALLI, G. (eds.), *Europa medievale e mondo bizantino. Contatti effettivi e possibilità di studi comparati*, Roma, 1997, pp. 43-58 (Nuovi Studi Storici, XL).

¹⁷ *Liber Pontificalis*, DUCHESNE, L. (ed.), I, Paris, 1886, pp. 308-309.

Gasparri sintetiza que tras los posteriores ataques de la época de Agilulfo los longobardos perdieron el interés por Roma durante un siglo aproximadamente. Las relaciones que en este último período habían sido establecidas, a pesar de las fases de guerra, entre el papa Gregorio Magno y la corte longobarda -vínculos de los que la historiografía se ha ocupado ampliamente interpretándolos como decisivos en la cristianización del poder regio y de la entera *gens* de los longobardos- no parecen haber tenido una continuidad significativa en los años siguientes. “Se puede constatar que los longobardos desaparecieron de las páginas del *Liber Pontificalis* tan bruscamente como habían entrado”.

En su texto señala que cuando reaparecieron en el horizonte de Roma, en los primerísimos años del siglo VIII, lo hicieron a partir de comportamientos diferentes. El duque de Benevento, Gisulfo I, invadió el Lacio meridional llegando a pocas millas de Roma, donde erigió una fortificación, manifestando su intención de afirmarse sobre esa región; sin embargo, los clérigos enviados por el papa Juan VI influyeron para que liberase a los prisioneros y volviera a Benevento. Poco después de estos acontecimientos, en época del papa Juan VII, el rey Ariperto I restituyó a la Iglesia de Roma el patrimonio de los *Alpes Cottiae*. “Dos acciones diferentes, una violenta, la otra pacífica para relacionarse con Roma, pero las dos tienen en común el hecho de reconocer que en primer plano se encuentra ahora el papado”.

La extrema fragilidad de las relaciones entre Roma y los longobardos desde finales del siglo VI y a lo largo del siglo VII explica por qué los historiadores se concentran generalmente en el pleno siglo VIII.

Para Gasparri el siglo VII marcaría por tanto la fase “misionera” de las relaciones entre Roma y los longobardos, intermedia entre el impacto inicial -puramente bélico- con una estirpe bárbara carente, para los romanos, de características dignas de mención y de jefes, y cuyo único lenguaje era el botín, y la fase “política” del siglo VIII. Sin embargo, es necesario insistir que el cuadro dibujado por Bognetti debe ser radicalmente redimensionado, puesto que su fundamento en las fuentes resulta muy débil¹⁸.

Sostiene que la existencia, en este período, de un esfuerzo misionero de parte del papado hacia los longobardos, no es que sea imposible de suponer, pero si existió no fue de gran importancia y no sería representativo para determinar el perfil de las relaciones entre el reino y el papado. El vacío que va desde el fin del reino de Adaloaldo en el 626 a la aparición de Gisulfo I y de Ariperto I en las páginas del *Liber Pontificalis* a principios del siglo VIII, expresa efectivamente un extremo enrarecimiento de las relaciones. Luego la escasez de fuentes conservadas transforma en un vacío casi total¹⁹.

Por lo tanto el autor constata que el reino longobardo, durante estos decenios, está ocupado en un difícil proceso de organización política, marcado por duras luchas internas por el poder y muy ocasionalmente se asoma al sur de los Apeninos, y cuando lo hace, se vuelve hacia las tierras longobardas de Spoleto y Benevento,

¹⁸ Cfr. GASPARRI, S., *Gian Pietro Bognetti storico dei Longobardi*, en *La Cultura*, XXXVIII/1, pp.129-140.

¹⁹ *Epistolae Langobardicae collectae*. En M.G.H., *Epistolae*, III, Berolini, 1892, nn. 2 (noviembre-diciembre 625).

mientras que el papado, a su vez, está implicado en enfrentamientos religiosos con Bizancio. Los objetivos privilegiados por ambos protagonistas -reino y papado- eran por tanto divergentes.

Para Gasparri es fundamental señalar este hecho porque resta además un sentido de “inevitabilidad” a las relaciones entre reino y papado: que el reino tuviese que tender necesariamente a dominar al papado y que este último considerase al primero un permanente peligro. La revisión de la problemática llega a una respuesta más acertada. Las relaciones entre papas y longobardos se diseñaron de distinto modo en los diversos períodos y entre las distintas posibilidades existía también la substancial indiferencia recíproca, apenas disimuladas por buenas relaciones oficiales.

Observa que en realidad, el vacío de las relaciones romano-longobardas en el siglo VII es sólo aparente, o mejor, lo es sólo a nivel político. Los recientes descubrimientos arqueológicos realizados en la Cripta Balbi²⁰ en Roma nos permiten intuir, a nivel de relaciones económicas, un escenario bien diverso, en el que la oficina romana allí descubierta producía y ensamblaba armas, arreos de caballo, placas de cinturón, fíbulas y otros objetos en hueso, cuerno, marfil y oro que se vendían también en tierras longobardas, particularmente en el ducado de Spoleto. Por lo tanto nos señala que si en Roma se producían objetos que eran también símbolos de rango y que circulaban en las tierras longobardas, la idea de las barreras entre estos diversos ámbitos territoriales, pierde todo su contenido.

El siglo VIII marca un giro tanto en las relaciones entre papas y longobardos como en la atención que las fuentes prestan a estas relaciones. Particular relieve tiene la época de Liutprando para la que disponemos contemporaneamente de la *Historia Langobardorum* que finaliza con la muerte de Liutprando y del *Liber Pontificalis* que había ignorado prácticamente a los soberanos precedentes.

La postura conclusiva de Gasparri rechaza una interpretación de las relaciones entre el papado y los longobardos en clave determinante. Detrás de este rechazo se encuentra la toma de conciencia de que, si la situación en determinado momento podía tomar un rumbo distinto, y si el comportamiento romano no fue tan neto como podría parecer a simple vista, es también porque “por parte papal no existía el claro conocimiento de qué camino tomar”, como con demasiada frecuencia los historiadores han presupuesto. Nos manifiesta que el mismo discurso sirve también para los francos, los otros grandes protagonistas del giro político de mediados del siglo VIII, sólo una fuerte reescritura de los acontecimientos de la primera mitad de aquel siglo, llevada a cabo sucesivamente en ambiente franco, pudo dar la impresión de una constante posición filorromana de los mayordomos de palacio, obturando completamente, por ejemplo, la adopción de Pipino por parte de Liutprando y el rechazo opuesto por Carlos Martel a las demandas de intervención en Italia por parte de Gregorio III. En esta revisión los acontecimientos de la crisis italiana están leídos en su preciso contexto, que era el de la “continua mutación”.

²⁰Cfr RICCI, M., «Produzione di merci di lusso e di prestigio a Roma da Giustiniano a Carlomagno», in: *Roma dall'Antichità al Medioevo. Archeologia e Storia*, Milano, 2001 (Museo Nazionale Romano -Crypta Balbi-Museo di Roma nel Medioevo). pp. 79-91.

²¹ BERTOLINI O., *Roma e i Longobardi* cit., p. 132.

El espacio urbano y los datos arqueológicos

El tema de las transformaciones urbanas entre la antigüedad y la alta edad media continúa presentando en Italia grandes polémicas. Del mismo modo, estudiar la ciudad altomedieval como una expresión de la decadencia de la ciudad antigua no dice de por sí nada sobre la especificidad de la ciudad altomedieval.

La Rocca en el artículo que integra el dossier, *El espacio urbano entre los siglos VI y VIII*, considera que este paragón es por tanto útil para ejemplificar los términos de un debate -el de la continuidad o discontinuidad de la ciudad antigua- que ha caracterizado con una sorprendente monotonía de tonos y de perspectivas el análisis de la ciudad durante la alta edad media. Incluso entre las opiniones contrastantes y las diversas valoraciones -oscilantes entre ruptura, continuidad, renacimiento o simple transformación- el camino analítico continúa para ser desplegado en modo casi obsesivo, a través de parámetros de valoración siempre iguales: “el espacio circunscripto de las murallas y el suburbio, la forma de las manzanas de casas y las áreas abiertas, los edificios públicos de la época antigua y su grado de supervivencia, el espacio de los vivos y áquel de los muertos”. Es decir, no obstante la afluencia de nuevos datos arqueológicos, el debate sobre la ciudad altomedieval ha permanecido anclado en las modalidades y en las temáticas de análisis desarrollados cuando esta información todavía no existía. Por lo tanto, señala La Rocca, los datos materiales han sido frecuentemente utilizados sólo como suplementos de información sobre aspectos problemáticos ya consolidados y no como estímulo para elaborar nuevas perspectivas de investigación²².

El artículo destaca que este hecho se debe a que el modo en que la materialidad de la ciudad ha sido contrapuesta o armonizada con los datos de las fuentes escritas depende todavía de las investigaciones sobre la identidad cultural de las naciones proyectadas a finales del siglo XIX y tras la Segunda Guerra Mundial. Para La Rocca precisamente el estancamiento de nuevos resultados respecto a la cantidad de las nuevas fuentes permite configurar las antiguas cuestiones sobre la identidad nacional como verdaderas jaulas historiográficas en cuyo interior el tema de la ciudad ha estado por mucho tiempo encerrado y de las cuales no es capaz todavía de huir. Como ya constató hace una treintena de años Diego Moreno a propósito de los estudios sobre las residencias rurales “en el momento en que la investigación arqueológica proporciona finalmente los materiales para verificar los instrumentos tipológicos proporcionados por lo geógrafos (se) renuncia a su redefinición”²³.

Afirma que si bien la investigación arqueológica sobre las ciudades en Europa se ha intensificado en el último veintenio, el incremento cuantitativo de las fuentes no ha servido ni siquiera para intensificar las relaciones entre los especialistas de aquellas que Eugenio Dupré definía en 1959 las “dos ciudades”, -la ciudad material de los arqueólogos y la ciudad social de los historidores-²⁴. Observa como los datos mate-

²² GELICHI, S., *The cities, in Italy in the Early Middle Ages*, La ROCCA, C. (ed.), Oxford 2002, pp. 168-188.

²³ MORENO, D., *Per una storia della dimora rurale: a proposito di due recenti contributi archeologici*, en *Archeologia Medievale*, I, 1974, p. 276.

²⁴ DUPRE' THESIEDER, E., *Problemi della città nell'alto medioevo*, en *La città nell'alto medioevo*, Spoleto 1959 (Settimane del Centro Italiano di Studi sull'alto medioevo, 6).

riales, que para Italia constituyen las primeras evidencias concretas sobre las fases urbanas entre los siglos V y X, no han presentado, como esperaba Gian Piero Bognetti, certezas indiscutibles que pudiesen ser contrapuestas a las elucubraciones nostálgicas de los historiadores de las fuentes escritas²⁵, sino que han contribuido a articular y complicar el tema de las transformaciones urbanas en la alta edad media. Las ciudades altomedievales aparecen hoy en día como “un fenómeno en continua y a veces contradictoria mutación” y, sobre todo, como el producto de puntos de vista diversos, no siempre conciliables entre ellos.

Señala que si en los últimos veinte años han decrecido globalmente -al menos en un plano teórico- las jerarquías de representatividad y de atendibilidad de las fuentes escritas²⁶, el efecto más problemático del incremento de los datos materiales está constituido por el hecho que esto obliga a visitar y a veces “revisar” completamente las hipótesis formuladas en el pasado sobre la base de aspectos materiales que entonces sólo se presumían.

Para la arqueóloga italiana, no obstante la falta de datos, la ciudad material ha constituido un objeto de investigación paralelo a aquel de la “ciudad social” o de la “ciudad jurídica” desde el siglo XIX. Las investigaciones, orientadas como estaban a valorar la ciudad altomedieval por el grado de distancia o de proximidad respecto a la ciudad romana, acababan proponiendo una especie de modelo antagonístico de “no ciudad” donde los elementos de la tradición romana aparecían completamente invertidos, tergiversados o incluso al contrario, pasivamente adquiridos según el grado de identificación de la civilización romana como carácter nacional²⁷. Señala cómo, para los ingleses, la decadencia de la ciudad romana de Britania y el ocaso de la civilización romano-británica no son temas que causen particular controversia. Esto se debe en parte a la total falta de fuentes hasta el siglo VI pero también al hecho de que piensan que sus orígenes son sólidamente anglo-sajones y por tanto están perfectamente satisfechos de pensar que su historia nacional parte de una base netamente posromana²⁸. No hay sin embargo duda de que el tema de la ciudad ha sido vivido con profunda intensidad por la historiografía italiana. Sin embargo en vez de ser considerada como un momento originario de la nación, la alta edad media se configuraba en Italia como un arco cronológico durante el cual las libertades nacionales habían sido progresivamente atenuadas y luego completamente suprimidas por las “invasiones bárbaras”. Durante este imaginario proceso, la decadencia de la *ciuitas* romana y por tanto de la identidad italiana venía a ejemplificar un fenómeno de alcance general. Las

²⁵ BOGNETTI, G.P. *Problemi di metodo e oggetti di studio nella storia delle città italiane dell'alto medioevo*, en *La città nell'alto medioevo* cit...

²⁶ Cfr. GOFFART, W., *The narrators of Barbarian history (AD 550-800)*. Jordanes, Gregory of Tours, Bede, and Paul the Deacon, Princeton 1988; FENTRESS, J.; WICKHAM, C.J., *Social memory*, Oxford 1992.

²⁷ Cfr. ARTIFONI, E., *Ideologia e memoria locale nella storiografia italiana sui Longobardi*, en *Il futuro dei Longobardi. L'Italia e la costruzione dell'Europa di Carlo Magno*. Saggi, BERTELLI, C.; BROGIOLO, G.P. (eds.), Milano 2000, pp. 219-227; BANTI, A.M., *Le origini barbariche e le origini delle nazioni*, en *Immagini della nazione nell'Italia del Risorgimento*, A.M. BANTI, A.M.; BIZZOCCHI, R. (eds.), Roma 2001, pp. 21-44.

²⁸ WARD-PERKINS, B., *Urban continuity?*, en *Towns in transition* cit., p. 7.

ciudades habrían mutado de aspecto, declinado bajo la dominación de los bárbaros pero no habrían muerto del todo. Considera que la memoria de las peculiaridades jurídicas e institucionales de los ciudadanos habría continuado -según modos y tiempos no siempre clarísimos- durante toda la edad media hasta el momento en que las instituciones comunales provocaron su definitivo resurgimiento.

Nos describe cómo la configuración de la alta edad media italiana y sobre todo de sus ciudades, se ha ido delineando a través de la neta contraposición de parejas antitéticas que se habrían manifestado sobre todo a partir de finales del siglo VI con el momento de la migración longobarda: “los longobardos paganos o arrianos - los romanos católicos”; “los longobardos rurales - los romanos ciudadanos”; “los longobardos militares - los romanos burócratas”²⁹.

El trabajo de La Rocca recuerda que la valoración de la alta edad media italiana efectuada por Bognetti trajo consigo, como es bien sabido, la valorización de los datos materiales para comprender la barbarización de la sociedad en su complejo. Memora como en el año 1958, en el primero de los congresos spoletinos dedicados a la ciudad altomedieval, si para Eugenio Dupré Theseider la arqueología no podía más que aportar detalles y desembocaba fácilmente en la tipología descriptiva “que aliena el verdadero y auténtico razonamiento histórico”³⁰, las reservas de los historiadores respecto a la arqueología recordaban a Bognetti “aquellas que habían surgido en algunos viejos clínicos famosos poco más allá de la mitad del siglo pasado, cuando se proyectó la utilidad de las investigaciones bacteriológicas con el microscopio”³¹. La arqueóloga italiana señala la curiosa acepción con que el mismo Bognetti valoró la aportación arqueológica, puesto que los cuadros interpretativos propuestos por este investigador la usan sólo marginalmente. Más que considerar los datos de las excavaciones ya realizadas, Bognetti tendió más bien a anticipar los resultados de las intervenciones arqueológicas antes de que fueran efectuadas, creando una singular tipología de fuentes que podríamos llamar “los datos que los arqueólogos habrían encontrado en un futuro” o incluso “los datos arqueológicos antes de la excavación”. Invitaba a los arqueólogos a organizar sus “investigaciones en el microscopio” en el interior de un cuadro interpretativo “probable” que de hecho estaba ya preparado.

²⁹BOGNETTI, G.P., *Santa Maria 'foris Portas' di Castelseprio e la storia religiosa dei longobardi*, en G.P. BOGNETTI, G.P.; CAPITANI D'ARZAGO, A., *Santa Maria di Castelseprio*, Milano 1948, pp.15-511 (ahora en BOGNETTI, G.P., *L'età longobarda*, II, Milano 1966, pp. 13-673) y son sucesivamente ratificadas en sus contribuciones sucesivas como, por ejemplo, *Storia, Archeologia e Diritto nel problema dei Longobardi*, en *Atti del 1° Congresso Internazionale di studi sull'alto medioevo*, Spoleto 1952, pp. 71-136 (ahora en BOGNETTI, G.P. *L'età longobarda*, III, Milano 1967, pp. 199-266); *Sul tipo e grado di civiltà dei longobardi in Italia secondo i dati dell'archeologia e della storia dell'arte*, in *Arte dell'alto medioevo nella regione alpina*, Losanna 1954, pp. 41-96 (ahora en BOGNETTI, G.P., *L'età longobarda*, III, cit., pp. 268-301); *I "Loca Sanctorum" e la storia della Chiesa nel regno dei Longobardi*, en BOGNETTI, G.P. *L'età longobarda*, III, cit., pp. 305-345. Cfr. SETTIA, A.A., *Vicenza di fronte ai Longobardi e ai Franchi*, in *Storia di Vicenza. II. L'età medievale*, Venezia 1987, pp. 1-20.

³⁰DUPRE' THESEIDER, E., *Problemi della città nell'alto medioevo* cit., p.22.

³¹BOGNETTI, G.P., *Problemi di metodo e oggetti di studio* cit., p. 60.

Esto va diseñando una aguda crítica a las relaciones establecidas por Bognetti entre sus hipótesis y los repertorios arqueológicos. No nos debemos sorprender por tanto si los datos de muchos arqueólogos recogidos sucesivamente estaban simplemente orientados a confirmar lo que había sido precedentemente presumido por Bognetti. Bajo un perfil metodológico, aquello que vale la pena remarcar es que, en las reconstrucciones de conjunto, los datos arqueológicos “verdaderos” se juntan y utilizan con aquellos “altamente probables” prefigurados por Bognetti, dando lugar a una surrealista e intrincada maraña de pruebas, suposiciones probables y totales invenciones de las que es frecuentemente muy difícil, sino del todo imposible, establecer los confines.

La Rocca describe cómo con el fin de probar materialmente el cuadro de fondo hipotetizado por Bognetti sin la arqueología, los arqueólogos han sido invitados a insertar sus propias evidencias dentro de parejas binarias preestablecidas y han sido estimulados a crear nuevas parejas. La historia de la ciudad altomedieval aparece por lo tanto planteada como una serie de espacios bipartitos sobre el territorio antes que sobre la ciudad. La bipartición “madre” a partir de la cual se originan todas las otras se refiere de hecho a las consecuencias de la bipartición política del territorio italiano entre longobardos y bizantinos que habría favorecido el desarrollo antitético de dos modelos de ciudad. En las ciudades de área longobarda, la introducción de un “régimen militar bárbaro”, habría estimulado, según Bognetti, la introducción de “un distinto tipo de vida, de la casa construída en madera, y quizás la preferencia por la abierta extensión del suburbio, a la forma de los utensilios y los vestidos”³² determinando la progresiva afirmación de las características rurales y germánicas sobre aquellas urbanas originarias que habrían perdurado durante un período más amplio en las ciudades de tradición bizantina. De esta distinción primaria entre ciudades-ciudades y ciudades- rurales se originan todas las otras biparticiones que se refieren a la organización del espacio interno de las ciudades. Si queremos sintetizarlas podemos decir que, con respecto a la ciudad romana, la ciudad medieval fue étnica (puesto que en ella se manifiesta la separación cultural entre dominantes y dominados); usurpada (puesto que en ella se eliminan los nítidos confines existentes en el mundo romano entre lo público y lo privado y entre los vivos y los muertos); “ruralizada” o “cristianizada” (ambas definiciones prefiguran una articulación de la ciudad polifocal en pequeños núcleos cuyos límites rebalsan el área limitada por las murallas); y finalmente “militar” en contraposición a la ciudad “burocrática” del pasado. Bajo el perfil material, la ciudad longobarda se opone finalmente a la ciudad antigua por el hecho de estar construída en madera en vez de en piedra³³.

El aporte de La Rocca refiere a que algunas de estas categorías, principalmente la de “ruralización” o “cristianización” en vez de funcionar solamente como elementos de separación del pasado pueden ser utilizadas provechosamente para definir el espacio urbano altomedieval por sí mismo, otras categorías son resultado de una construcción ideológica. Para acentuar el carácter fuertemente contradictorio de los elementos que coexisten en la definición y en la complicación de la valoración y la articulación del espacio urbano altomedieval, resulta sin embargo indispensable crear

³² BOGNETTI, G.P., *Problemi di metodo e oggetti di studio* cit., p. 78.

³³ BOGNETTI, G.P., *Problemi di metodo e oggetti di studio* cit., pp. 69-70

nuevas parejas binarias, que expresen, no las diferencias con el pasado, sino las múltiples facetas y perspectivas a través de las cuales la ciudad altomedieval es representada contemporáneamente.

El artículo de La Rocca constata cómo la ciudad altomedieval fue por tanto contemporáneamente una ciudad delimitada, porque estaba materialmente definida y encerrada por una muralla que concretamente representaba su *status* en el vértice de una jerarquía de asentamientos³⁴, y fue al mismo tiempo una ciudad abierta, porque el límite de las murallas no condicionaba un uso distinto de los espacios. La pluralidad de espacios y de focos pudo llevar a resultados muy diversos.

La transformación del paisaje urbano y rural

Para G.P. Brogiolo la época longobarda constituye un segmento importante de un proceso de transformación de larga duración al final del cual, en el siglo VIII, la ciudad y el campo serán completamente distintos a los de la época tardoantigua. Destaca cómo existen muchos aspectos que impiden distinguir entre un antes y un después de la llegada de los longobardos en el año 568, proponiendo profundizar hasta qué punto las transformaciones fueron similares a las que se produjeron en la Italia bizantina que, más allá de las fronteras que representaron una barrera y marcaron el destino de algunos territorios, mantuvo fluidas relaciones económicas y culturales con las regiones en poder de los longobardos.

Es importante destacar que entre finales de los años 70 del siglo XX y la primera mitad de la década sucesiva la introducción en Italia de los métodos de excavación y documentación estratigráficos posibilitaron las primeras imágenes “en directo” de un mundo hasta ese momento entrevisto sólo a través de las fuentes escritas: el de los asentamientos contruidos con técnica pobre que substituyeron, entre los siglos V y VII, a las suntuosas *domus* y a las espléndidas *villae* de las que la arqueología clásica, al menos desde el siglo XVIII, habría brindado múltiples testimonios.

Un paisaje degradado respecto al paisaje clásico que, por otro lado, contrasta con la monumentalidad de algunos edificios, entre ellos los religiosos, que sugieren cómo, en el mismo arco cronológico, en algunas ciudades nunca hubiera desaparecido una arquitectura de alto nivel.

En una búsqueda de actualización recurrimos a los avances de investigación que ofrece una información obtenida en excavaciones recientes en distintas áreas italianas relativas tanto a la ciudad como al campo remarcando, donde es posible, la evolución paralela que experimentaron los territorios bizantinos. Su análisis permite inferir cómo las síntesis regionales confirman por un lado el juicio, vigente hoy en día entre los especialistas, de una fragmentación no sólo política, de la península a partir

³⁴ Cfr. CRACCO RUGGINI, L., *La città nel mondo antico: realtà e idea*, en *Romanitas -Christianitas. Untersuchungen zur Geschichte und Literatur der römischen Kaiserzeit*, Berlin New York 1982, pp. 61-81.; FRUGONI, C., *Una lontana città. Sentimenti e immagini del Medioevo*, Torino 1986, pp. 27-35; BACHRACH, B.S., *Imperial walled cities in the West: an examination of their early medieval Nachleben*, en *City Walls. The urban enceinte in global perspective*, TRACY, J.D. (ed.), Cambridge 2000, pp. 192-218.

de la guerra greco-gótica, pero por otro lado sugieren algunas características comunes, como el impacto de los conflictos político-militares en la redefinición de la jerarquía de los centros de poder y el significado del radical cambio de la cultura material tanto en el ámbito urbano como en el territorio.

Para el arqueólogo italiano la función estratégico-militar selecciona entre los siglos V y el VII una nueva jerarquía de centros de poder. En época longobarda tuvieron un particular significado aquellos que asumieron una función político-administrativa respecto a un área regional, como en los casos emblemáticos de Cividale, Spoleto y Benevento. Para explicar el éxito de estas ciudades no es suficiente remarcar como hace Averil Cameron³⁵ que “las prioridades de quien gobernaba habían cambiado”. Nuevas prerrogativas habían suplantado aquellas antiguas de residencia de las aristocracias propietarias y de lugar de organización social del consenso, a través de los lugares de culto y de espectáculo. La ciudad medieval italiana, aunque inmersa en los mismos procesos de fragmentación activos en otras naciones romano-germánicas, vuelve en cierto modo a proponerse, en su momento, como sede militar, administrativa, religiosa, productiva y comercial.

Se debe destacar que tanto en el campo, como en la ciudad, los procesos de transformación de las estructuras habitables comienzan mucho antes de la llegada de los longobardos. Brogiolo nos ilustra destacando como un número cada vez mayor de excavaciones arqueológicas ha puesto de manifiesto como la desestructuración de las *villae* es un proceso de larga duración³⁶ que en algunos casos comportará la instalación de nuevas formas habitables a veces relacionadas a un asentamiento de campesinos de incierto perfil social: ¿siervos, pequeños propietarios o *coloni* dependientes?, en otras ocasiones vinculables a la residencia de un propietario de cierto *status*.

Una respuesta ha sido buscada por algunos investigadores en los modelos culturales de las aristocracias, laicas y eclesiásticas. Los elementos de distinción, a partir de los datos disponibles hasta ahora, se encontraban en los ajuares y en los oratorios funerarios, o sea más en las prácticas relacionadas con la muerte que en aquellas de la vida³⁷. Pero coincidimos con Brogiolo que es necesario ampliar esta argumentación y llevar a cabo ulteriores investigaciones específicas al respecto. No se debe olvidar que las nuevas aristocracias germánicas fueron atraídas por modelos culturales mediterráneos y que buscaron productos de lujo, de los que constituyen una concreta

³⁵ CAMERON, A., *The Mediterranean World in Late Antiquity, A.D. 395-600*, London 1993, p. 170.

³⁶ *La fine delle ville romane: trasformazioni nelle campagne tra Tarda Antichità e Alto Medioevo*, Atti convegno a cura di BROGIOLO, G.P. (Gardone Riviera, 14 ottobre 1995), Mantova 1996; RIPOLL, G.; ARCE, J. *The transformation and end of roman villae in the West (fourth-seventh centuries): problems and perspectives*, en BROGIOLO, G.P.; GAUTIER, N.; CHRISTIE, N. (a cura di) 2000, pp. 63-114; CHAVARRIA ARNAU, A., *El final de las villas romanas en Hispania*, *Archeologia Medievale*, XXX (e.p.).

³⁷Cfr. HALSALL, G., *Settlement and Social Organisation. The Merovingian Region of Metz*, Cambridge 1995; ID., *Towns, Societies and Ideas, The Not-so-strange Case of Late Roman and Early Merovingian Metz*, en *Towns in transition. Urban evolution in Late Antiquity and the Early Middle Ages*, a cura di CHRISTIE, N.; LOSEBY, S.T., Aldershot e Brookfield 1996, pp. 235- 261.

evidencia las ánforas y las cerámicas africanas y orientales que alcanzaron, aunque en cantidades reducidas y sin un real significado económico, ciudades y castillos hasta finales del siglo VII. En segundo lugar no se puede excluir que al menos algunos edificios romanos en la ciudad o tal vez en el campo, hayan sobrevivido hasta inicios de la edad longobarda. Por el momento no conocemos ningún ejemplo de edificio civil de calidad para la Italia longobarda, pero parece muy extraño que las aristocracias, que eran al fin y al cabo aquellas que financiaban los edificios religiosos, de los que sí tenemos testimonios, no hubiesen construido sus residencias con similar dignidad arquitectónica.

En efecto, se impone un standard cualitativo definitivamente inferior respecto a aquel de época tardoantigua. Para el arqueólogo italiano una conclusión plausible es que la profunda cesura que se documenta en el sistema de asentamiento favorecida por la desaparición de las grandes aristocracias propietarias romanas, por la concentración de la iniciativa económica en las estructuras de un poder laico y eclesiástico fragmentado, por una nueva sociedad fuertemente jerarquizada en la que las clases medias habían efectivamente perdido su importancia porque, en una dimensión más localista, se habían empobrecido sus bases económicas y su capacidad de mediación social.

A modo de conclusión

El conjunto de textos que hoy presentamos reactualizan cuestiones y tópicos que la Antigüedad y Medioevo expresan de manera eminente en el conjunto de los períodos históricos. El estatuto y las posibilidades informativas de las fuentes, el diálogo entre la índole de los textos narrativos y los artefactos arqueológicos, la configuración de los contenidos de los relatos historiográficos que les otorgan continuamente sentido, nos recuerdan tanto los límites de lo que podemos conocer como los nuevos rumbos de nuestra capacidad de especular e imaginar históricamente.

Este período, teñido de oscuros matices e inmerso en crisis y violencia, ha sido sometido a evaluaciones prejuiciosas que lo han desvalorizado hasta un extremo llamativo. Frente a esto, hoy en día, como lo explicitará este *dossier*, asistimos a un “renacimiento longobardo” erigido a partir de relecturas de nuestras fuentes, de la renovación de la labor arqueológica y de la deconstrucción de paradigmas historiográficos. De este modo, los trabajos de nuestros colaboradores intentan con reconocida idoneidad ofrecer una ajustada revisión y una valiosa renovación de la interpretación de las problemáticas que involucran a este controvertido segmento de la historia altomedieval europea

Bibliografia

- AA.VV., *I Longobardi dei Ducati di Spoleto e Benevento. Atti del XVI Congresso internazionale di studi sull'alto medioevo (Spoleto-Benevento, ottobre 2002)*, Spoleto (CISAM), 2003.
- AA.VV., *La fine delle ville romane: trasformazioni nelle campagne tra Tarda Antichità e Alto Medioevo*, Atti convegno a cura di Brogiolo, G.P., (Gardone Riviera, 14 ottobre 1995), Mantova 1996.
- ARTIFONI E., *Ideologia e memoria locale nella storiografia italiana sui Longobardi*, en Bertelli, C.; Brogiolo, G.P.(eds.), *Il futuro dei Longobardi. L'Italia e la costruzione dell'Europa di Carlo Magno*, Saggi, Milano, 2000, pp. 219-227.
- ARNALDI, G., *Il papato e l'ideologia del potere imperiale*, in *Nascita dell'Europa ed Europa carolingia: un'equazione da verificare*, I, XXVI Sett. CISAM, Spoleto, 1981.
- AZZARA, C., GASPARRI, S., *Le leggi dei Longobardi. Storia, memoria e diritto di un popolo germanico*, Milán, 1992
- AZZARA, C., *Gregorio Magno, i Longobardi e l'Occidente barbarico. Costanti e peculiarità di un rapporto*, en *Bulletino dell'Istituto storico italiano per il Medio Evo e Archivio muratoriano*, XCVII (1991)
- BACHRACH, B.S., *Imperial walled cities in the West: an examination of their early medieval Nachleben*, en *City Walls. The urban enceinte in global perspective*, Tracy, J.D: (ed.), Cambridge 2000
- BERTOLINI, O., *Roma e i Longobardi*, Roma, 1972.
- BETHMANN, L.; Holder-Egger, O., *Langobardische Reges'*, en, NA, III, 1878, pp. 225-318.
- BLASSEL, C., *Der übertritt der Langobarden zum Christentum*, Archiv für katholisches Kirchenrecht, LXXXII, 1903, pp. 577-619.
- BOGNETTI, G. P., *Longobardi e Romani*, en *Studi in onore di E. Besta* Roma, 1939, pp. 353-410.
- BOGNETTI, G. P., *S.Maria foris Portas di Castelseprio e la storia religiosa dei Longobardi*, en Bognetti, G.P., *L'età longobarda*, III, Milán, 1966, pp. 179-302.
- BOGNETTI, G. P., *L'età longobarda*, I-III, Milano 1966.
- BOGNETTI, G. P., *Storia, Archeologia e Diritto nel problema dei Longobardi*, en *Atti del 1° Congresso Internazionale di studi sull'alto medioevo*, Spoleto 1952.
- BOGNETTI, G. P., *L'età longobarda*, III, Milano 1967,
- BOGNETTI, G. P., *Sul tipo e grado di civiltà dei longobardi in Italia secondo i dati dell'archeologia e della storia dell'arte*, en *Arte dell'alto medioevo nella regione alpina*, Losanna 1954.

- BOGNETTI, G. P., "Loca Sanctorum" e la storia della Chiesa nel regno dei Longobardi, en Bognetti, G.P., *L'età longobarda*, III, cit.
- BOGNETTI, G. P., *Problemi di metodo e oggetti di studio nella storia delle città italiane dell'alto medioevo*, en *La città nell'alto medioevo* cit., .
- CAMERON, Av. , *The Mediterranean World in Late Antiquity, A.D. 395-600*, London 1993, p. 170.
- CHAVARRÍA ARNAU, A., *El final de las villas romanas en Hispania*, *Archeologia Medievale*, XXX (e.p.).
- CRACCO RUGGINII, L., *La città nel mondo antico: realtà e idea*, en *Romanitas - Christianitas. Untersuchungen zur Geschichte und Literatur der römischen Kaiserzeit*, Berlin New York 1982,
- DELOGU, P., *Longobardi e Bizantini in Italia*, en *La Storia. I grandi problemi dal Medioevo all'età contemporanea*, a cura di TRANFAGLIA, N.; FIRPO, M., II, *Il Medioevo*, 2, *Popoli e strutture politiche*, Torino, 1986, pp. 148-151, y en GASPARRI, S., *Gian Pietro Bognetti storico dei Longobardi*, en *La Cultura*, XXXVIII/1, pp.129-140.
- DUCHESNE, L., *Les évèchés d'Italie et l'invasion lombarde*, *MAHR*, XXIII, 1903., XXV, 1905.
- DUPRE' THESEIDER E., *Problemi della città nell'alto medioevo*, in *La città nell'alto medioevo*, Spoleto 1959 (Settimane del Centro Italiano di Studi sull'alto medioevo, 6).
- FALCO, G., *La questione longobarda e la moderna storiografia italiana*, en *Atti del I Congresso internazionale di studi longobardi*, Spoleto, 1952, pp. 153-166.
- FENTRESS, J., Wickham, C.J., *Social memory*, Oxford 1992.
- FRUGONI, C. , *Una lontana città. Sentimenti e immagini del Medioevo*, Torino 1986
- GASPARRI, S., *Prima delle nazioni. Popoli, etnie e regni fra Antichità e Medioevo*, Roma, 1997.
- GASPARRI, S., *Bisanzio e i Longobardi. I rapporti fra l'impero e una stirpe barbarica al tramonto del sistema tardo-antico*, en ARNALDI, G. y CAVALLO, G. (eds.), *Europa medievale e mondo bizantino. Contatti effettivi e possibilità di studi comparati*, Roma, 1997, pp. 43-58 (Nuovi Studi Storici, XL)
- GELICHI, S., *The cities*, en *Italy in the Early Middle Ages*, LA ROCCA, C. (ed.), Oxford 2002.
- GELICHI, S., LA ROCCA, C. (a cura di), *Tesori. Forme di accumulazione della ricchezza nell' alto medioevo (secoli V -XI)*, Roma, 2004.
- GOETZ, H. W.; JARNUT, J., POHL, W. (eds. with the colliaboration of Sören Kaschke), *Regna and gentes. The Relationship between Late Antique and Early Medieval*

- Peoples and Kingdoms in the Transformation of the Roman World*, Leiden-Boston, 2003 (The Transformation of the Roman World, 13).
- GOFFART, W., *The narrators of Barbarian history (AD 550-800)*. Jordanes, Gregory of Tours, Bede, and Paul the Deacon, Princeton 1988.
- HALSALL, G., *Settlement and Social Organisation. The Merovingian Region of Metz*, Cambridge 1995;
- HALSALL., *Towns, Societies and Ideas, The Not-so-strange Case of Late Roman and Early Merovingian Metz*, en *Towns in transition. Urban evolution en Late Antiquity and the Early Middle Ages*, a cura di CHRISTIE, NE LOSEBY, S.T., Aldershot e Brookfield 1996.
- HARRISON, A., *The Early State and the Towns. Forms of Integration in Lombard Italy AD 568-774*, Lund, 1993.
- HODGES, R.; BOWDEN, W., *The Sixth Century: Production, Distribution and Demand* Leiden-Boston-Köln, 1998 (The Transformation of the Roman World 3).
- MORENO, D., *Per una storia della dimora rurale: a proposito di due recenti contributi archeologici*, en *Archeologia Medievale*, I, 1974.
- MUSSET, L., *Las invasiones. Las oleadas germánicas*, Barcelona, 1973, Paris, 1967.
- POHL, W., *Le origini etniche dell'Europa. Barbari e Romani tra antichità e medioevo*, Roma, 2000.
- POHL, W., *Conceptions of Ethnicity in Early Medieval Studies*, en *Archeologia Polona*, XXIX (1991), pp. 39-49.
- POHL, W.; REIMITZ, H. (eds.), *Strategies of Distinction. The Construction of Ethnic Communities, 300-800*, Leiden-Boston-Köln, 1998 (The Transformation of the Roman World 2).
- RIPOLL, G; ARCE, J., *The transformation and end of roman villae in the West (fourth-seventh centuries): problemes and perspectives*, en BROGIOLO, G.P.; GAUTIER, N.; CHRISTIE, N. (a cura di) 2000, pp. 63-114.
- SETTIA, A.A., *Vicenza di fronte ai Longobardi e ai Franchi*, in *Storia di Vicenza II. L'età medievale*, Venezia 1987.
- TABACCO, G.; *Sperimentazione del potere nell'Alto Medioevo*. Torino, 1993.
- THEUWS, F.; NELSON, J. (ed.), *Rituals of Power. From Late Antiquity to Early Middle Ages*. Leiden-Boston-Köln, 2000 (The Transformation of the Roman World 8).
- WENSKUS R., *Stammesbildung und Verfassung. Das Werden der frühmittelalterlichen Gentes*, Koln-Graz 19772
- WEMER K. F., La "conquête Franque" de la Gaule. Itinéraires historiographiques d'une erreur, in *Bibliothèque de l'École des Chartres*, 154 (1996), pp. 7-45

WICKHAM, C., *L 'Italia nel primo Medioevo. Potere centrale e societa locale (400- 1000)*, Milano 1982 (London 1981)

WICKHAM, C., *Land and Power. Studies in Italian and European Social History, 400-1200*, London 1994

WARD-PERKINS , B., *Continuists, catastrophists and the towns of post-roman Northen Italy*, en "Papers of the British School at Rome", 45, 1997, pp. 156-176.